

JUAN YANNI

CULPA



GALOBART
NUEVA NARRATIVA

JUAN YANNI

CULPA

GALOBART
NUEVA NARRATIVA

1

TORCACES

Son las siete de la mañana.

Suena el despertador como casi todos los días del mes de octubre.

A diferencia de cualquier otro día laborable, no le cuesta incorporarse de un salto de la cama. Lo primero que hace es abrir las dos puertas de madera de la contraventana y otear el tiempo que hace. Está nublado, pero parece que se trata de una niebla baja, ya que un cielo azul se divisa a lo alto, a través de una especie de clara-boya que se dibuja en las nubes de la mañana. El viento es sur, el que esperaba y el que necesita.

Le duele algo la cabeza, pero no le importa, «sarna con gusto no pica».

Se viste rápidamente, prescinde de la ducha y se pone ropa de abrigo: pantalones de pana, camiseta, camisa de lana y tres jerséis por encima. Un par de calcetines y botas de montaña; el resto, chaleco de plumas y parka, guantes y gorro de lana le esperan en el coche. Los va a necesitar encima del árbol.

Llegó ayer desde Madrid, vía Pamplona. Cogió el coche y recorrió los cuarenta kilómetros que unen la capital navarra con Roncesvalles, en el Pirineo navarro, cuna del Camino de Santiago. Disfruta conduciendo por esa

carretera, con puertos de montaña que serpentean hacia arriba y donde solo es posible adelantar en sitios muy concretos. De hecho, piensa que podría conducir con los ojos cerrados.

Quizás sí le molesta algo más la cabeza de lo que pensaba. Su amigo, el dueño de la posada donde se hospeda, no tenía intención de dejarle ir a su habitación a una hora prudente y le engañó con algo típico de estos pueblos, la espuela, la última copa: un patxarán, un vodka-tónica... junto con una conversación que rememoraba batallas pasadas con anécdotas repetidas año tras año. Fue una conversación solo para dos.

Cierra la puerta tras de sí, sin llave, aquí no hace falta, y camina por el pasillo casi a oscuras. Conoce el recorrido. Baja las amplias escaleras de madera y cerámica hasta la planta baja y abre el amplio portón que da a la calle. Antes de dirigirse al coche, se dirige hasta la parte de atrás de la casona, al lado de la huerta y de un pequeño riachuelo, desde donde se divisa el valle y las montañas. Estaba en lo cierto, una neblina baja inunda el valle, con el cielo azul naranja del amanecer asomando por encima formando una espectacular estampa.

Comienza a andar hacia el coche con ese nudo en el estómago que le es tan familiar desde hace muchos años, desde que su padre, cuando él era un niño, se la transmitió.

Antes, entra en un pequeño garaje adyacente para buscar a su compañero de mañana, Beto, un magnífico

golden retriever. Se alegra al verle, parece compartir la emoción de su amo.

Arranca el coche, el termómetro exterior marca cero grados centígrados. Posa su mirada sobre el cartel que señala la distancia a Santiago de Compostela, setecientos treinta y ocho kilómetros y ve a un peregrino que prepara sus aperos para iniciar la marcha, su primera o segunda etapa del camino, dependiendo de que haya iniciado su aventura desde la localidad francesa de Saint Jean de Pied de Port o de Roncesvalles. De conocer bien esta zona, sabe que hay muchos caminantes que evitan la etapa francesa, dado que es un recorrido de veinte kilómetros atravesando senderos por el monte, en continua subida y donde es muy fácil perderse, máxime si el tiempo no acompaña, algo frecuente en esta zona de los pirineos. Le vienen a la mente varias desapariciones y muertes en los últimos años en ese tramo, generalmente debido a imprudencias de peregrinos que no se toman en serio las inclemencias del tiempo en días de frío y ventisca con tormentas de nieve que hacen que te desorientes, pierdas el estrecho camino y mueras por hipotermia.

No sabe por qué le han venido estas historias concretas a la cabeza, observándole, pero enseguida comienza a pensar en lo suyo mientras esboza una sonrisa.

Conduce despacio, bajando la ventanilla, para que el helado viento le acabe de despertar. Conforme asciende el pequeño puerto de montaña, la niebla se va disipan-

do convirtiéndose en bruma y cuando llega al Alto ha desaparecido por completo. Para el coche, desciende y disfruta de una incomparable vista. Un mirador desde el que se divisa todo el valle con Francia a lejos. Al otro lado observa las ovejas que pastan en lo alto de la colina, signo de que el tiempo que se espera es bueno. El viento sacude su cara, suave pero enérgicamente, confirmando que viene del sur. Sonríe.

Sube al coche y conduce doscientos metros hasta un pequeño camino a su derecha; acostumbra a conducir rápido, se lo conoce, aminorando las marchas en las curvas, pues apenas caben dos coches por ese camino rural. Le gusta ese trayecto entre hayas centenarias y más todavía ahora, en la segunda mitad de octubre, con la caída de la hoja, que hace del bosque un lugar encantador, mágico y, también, resbaladizo.

Tras tres kilómetros, aparca su coche bajo unas hayas, bien resguardado.

Abre el maletero y Beto salta excitado. Se pone la chamarra, los guantes de lana, se cala un gorro y coge su mochila. Se cuelga al hombro una escopeta enfundada y camina hacia el interior del bosque. Las hojas crujen debido a la escarcha de la mañana. Pasados ochenta metros encuentra su haya. Comienza a ascender a ella a través de su empinada escalera de madera. Lo hace con determinación, pero con prudencia. No es la primera vez que ha habido un accidente al partirse un peldaño por la hu-

medad. Es un haya imponente. Asciende treinta metros hasta lo alto, abre una portezuela y entra en el cubículo de madera forrado de helechos.

Se incorpora, deja la mochila sobre un pequeño banco, descuelga su escopeta y le quita la funda. Lo primero que hace es cargarla. Dos cartuchos. Perdigón del siete. Se siente orgulloso de su escopeta paralela marca AYA, realizada y fundida en las fábricas armeras de Eibar, en Guipúzcoa, y heredada de su padre. Treinta años hace ya.

Asomado desde lo alto del magnífico árbol y, a pesar de haberlo visto muchas veces, todavía se asombra de la belleza del valle a sus pies.

Está solo en las alturas. Está feliz. Comienza a recordar cuándo fue la primera vez que subió a un árbol con una escopeta, debía tener ocho o nueve años. Cazó su primera paloma torcaz, quizás con doce años, con la escopeta de catorce milímetros de un solo cartucho que su padre le regaló. Es la única caza que le gusta. Detesta la mayor. Cosas que se heredan.

Un silbido le pone alerta. Se protege tras los helechos y se queda inmóvil. Un mínimo gesto y las palomas girarán y se dejarán llevar de vuelta a Francia gracias a ese viento sur que ahora les da de cara y del que tratan de protegerse volando a ras de las copas de los árboles.

No las ha visto. Por la izquierda aparece un bando formado por unas veinte torcaces. Reacciona rápido y dispara sus dos tiros. Ve caer una paloma a unos cien

metros delante del árbol. Se conforma. No ha hecho do-
blete, pero para ser los primeros disparos de la mañana
parece que ha cobrado su primera pieza. Aunque el resto
dependerá de Beto, su golden retriever, dado que deba-
jo del haya hay un barranco muy pronunciado que des-
ciende hasta la carretera que lleva a la frontera con Fran-
cia. Hay que tener un buen perro si no queremos que los
zorros engorden a nuestra costa. Antes tuvo un epagneul
breton pero cobran de todo, hasta la caza ajena.

No puede verlo, pero escucha el perro, ladera abajo,
no hace falta que se le dé una señal. La calma del monte
se ha interrumpido súbitamente por esos dos fogonazos
y el ruido de la hojarasca producido por la loca bajada
de Beto.

El día es precioso. Son las ocho menos cuarto de la ma-
ñana. A lo lejos divisa un bando de torcaces en dirección
a unas peñas. Giran por detrás y desaparecen. Llevan una
dirección distinta. Lo sabe bien. Su vuelo les conducirá
a través de las costas vasca y francesa y los surfistas que
estén cogiendo olas en este magnífico día, disfrutarán
de su vista en una hora. Son bandadas de palomas que
pueden alcanzar los mil ejemplares. Todos los años en
el mes de octubre, esta ave migratoria emprende su ca-
mino hacia climas más cálidos donde pasar el invierno,
atravesando España y en dirección al norte de África,
abandonando las bellotas de las que se abastecen en las
Landas Francesas. Con la cercanía de la primavera reali-

zarán la ruta contraria, la contrapasa, buscando temperaturas más livianas.

Ensimismado en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que hace diez minutos que no oye ruido alguno. Beto suele ser muy rápido cobrando las piezas.

Grita su nombre. Nada. Silencio. Es raro, ni siquiera escucha la campanilla que lleva anudada al collar. Pasan diez, quince minutos y comienza a inquietarse. Cinco minutos después decide bajar.

Llega al suelo y sigue voceando su nombre. Comienza a descender por el barranco, pero se da cuenta de que no es buena idea. A la pronunciada bajada se suman las hojas recién caídas del otoño y la helada de la mañana.

Continúa gritando. A lo lejos escucha un tintineo. Respira aliviado. La campanilla suena más cerca, hasta que finalmente lo divisa, emergiendo de la niebla del amanecer, a unos sesenta metros de distancia. Parece que ha cumplido su labor de perro de caza: lleva algo en su hocico. Ya lo tiene a escasos metros. Ha cobrado la pieza. Pero la tez del hombre se va quedando lívida en cuanto Beto se acerca. Lleva una mano humana en la boca. En descomposición. Se agacha y vomita.

La clase está terminando. El niño se encuentra tensamente recostado en su incómodo pupitre. Las matemáticas no son su asignatura favorita, le gustan otras más creativas, que le ayudan a transportarse en el tiempo, a otros lugares, con otros personajes, lejos de esta triste y gris aula. Sus favoritas son la literatura, la geografía y la historia. Le hubiera gustado la música, pero el padre Erro, encargado de formar el coro de la escolanía del colegio, realizó hace poco las pruebas a toda la clase y a él le dejó claro que su oído no había nacido para esos menesteres.

Pero su inquietud no viene dada por las derivadas, los senos o los cosenos, sino que es debida a que el hermano Urdanibia le ha citado después de clase en su despacho para hablar de su marcha académica. Menudo coñazo, piensa.

No le gusta ese cura, su mirada torva y sus accesos de ira. Más de una vez ha comenzado a golpear a un compañero suyo hasta casi hacerle perder la conciencia; sí, se trataba del bufón de la clase, pero no se merecía esa tunda desproporcionada y colérica que recibió. La España de los setenta.

Termina la clase y el niño se dirige a las dependencias del hermano, ubicadas en la última planta del colegio.

Golpea la puerta con sus nudillos y desde dentro recibe un seco «entre».

Accede al interior. El despacho consta de una recia mesa de madera con una silla a cada lado. En la pared cuelga un crucifijo que se encuentra ladeado, fuera de sitio: su primer pensamiento es el de ponerlo perfectamente

alineado porque, aunque tiene un lado creativo, su padre le ha inculcado la perfección; es conservador de obras de arte y una de sus labores es restaurar retablos de iglesias.

A la derecha se encuentra un estrecho catre y el niño entiende que el despacho del cura es también su habitación.

Este aparece por una puerta al fondo, seguramente del cuarto de baño y se sienta al borde la cama. Con un gesto y un golpeo en el colchón le pide que se siente a su lado. El niño obedece y lo hace. Comienzan a hablar de su marcha en la asignatura, pero pronto se desvía hacia temas personales. Le sorprende el cambio de tono en la voz y las formas, ahora es meloso y dulce. No sabe qué le desagrada más. Quizás lo prefiere iracundo. Comienza hablando de fútbol, si le gusta jugar, cuál es su equipo favorito, sus mejores amigos, a qué se dedican sus padres, si tiene hermanos: se queda con que tiene una hermana un año más pequeña. El cura se acerca, nota el olor a rancio de su sotana, su aliento es fétido y las comisuras de sus labios están pobladas de baba espesa. Le pregunta si alguna vez la ha visto desnuda. El niño pone cara de incredulidad y sorpresa; el asco se lo guarda, pero aun así, asiente. De repente una mano se posa en la parte superior de su pierna mientras le pregunta si el verla desnuda le provoca una erección...

Cuando el niño abandona la estancia cabizbajo y sucio, entiende por qué el Cristo de la pared no estaba en su sitio.

Una idea le viene a la cabeza: Dios estaba demasiado ocupado y no podía pensar en él.

SINOPSIS

CULPA no es una novela más dentro del universo de la novela negra, es un texto que remite a un crimen brutal en el entorno duro, mágico y peligroso del Camino de Santiago.

Comienza con una pista terrible de una muerte. A partir de ese momento, el autor nos sitúa en la etapa inicial del Camino de Santiago, Saint Jean Pied de Port en la Aquitania francesa, una de las más duras y peligrosas del recorrido. Un thriller misterioso y apasionante con unos inesperados giros que atrapan al lector desde el primer capítulo.

CULPA es una novela negra en la que aparecen *flashbacks* de un duro pasado en un colegio religioso de los setenta; la trama se entrecruza con la incorporación de varios personajes: Juan Azcárate, un exitoso propietario de una agencia de comunicación en Madrid y dos expertos en criminología, el inspector Flores y la inspectora de la policía foral de Navarra Idoia Iturri. Dinero, poder, corrupción, sexo, abusos, traumas de la infancia.

Una novela negra española actual, que engancha de principio a fin: adictiva, trepidante y cautivadora con un final inesperado y sorprendente.

Juan Yanni es un seudónimo. Nació en una ciudad del norte de España pero vive en Madrid. Su pasión por la montaña y la vida rural contrasta con su carácter urbana. Ama tanto el Norte y el Pirineo Navarro como Madrid, Formentera y el sur de España. Juan creció siendo un viajero incansable, cinéfilo y gran lector. Tras terminar Derecho se dedicó a la publicidad como creativo y redactor con reconocido éxito nacional e internacional. Su amor por la literatura le ha llevado a escribir y publicar su primera novela negra. De padres artistas, heredó su creatividad, cambiando el pincel por el bolígrafo.

EDITA

© The Galobart Books S. L.
Calle Carranza, 25; 5º-3
28004 Madrid

COLECCIÓN

Nueva Narrativa

TEXTOS

Juan Yanni

DIRECCIÓN DE ARTE Y DISEÑO

David Generoso

DISEÑO DE PORTADA

Jose Maisterra / gagarinwork.com

DIRECCIÓN COMERCIAL

Mercedes López Molina

Si deseas estar informado de todas nuestras novedades editoriales,
entra en thegalobart.com y suscríbete gratuitamente a nuestros newsletters.

**El proyecto The Galobart Books destina el 0,8% de sus beneficios a fines sociales.
Más información en Thegalobart.com**

©The Galobart Books, S. L.

Reservados todos los derechos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

EDICIÓN NO VENAL

PRUEBAS SIN CORREGIR

SEPARATA EDICIÓN ANTICIPADA

FECHA PUBLICACIÓN NOVELA: FEBRERO 2021